

-...Y estoy segura de que lo menos tres veces ha comulgado sin pedirle a usted penitencia por tales faltas, pues no se ha arrimado al confesionario que yo sepa.

- Vamos, doña Margarita, -intervino don Domingo- uno viene a arrepentirse de sus propios pecados, no a informarme de los de su prójimo.

- ¡Esa mujerzuela viene a los oficios con ropa interior roja!, -continuó diciendo la beata- ¡lo sabe todo el mundo!

- Por favor, doña Margarita, ¿no tiene usted alguna falta propia que confesarme?

- ¡Yo, ninguna! -exclamó ella- ¡Por la Garra del Santo lo juro y, si miento, me trague la tierra ahora mismo!

El suelo de la iglesia se precipitó para sus adentros y engulló en su oscuridad a doña Margarita. Don Domingo quedó perplejo al ver por entre la celosía cómo se venían abajo tres o cuatro metros cuadrados de iglesia, arrastrando consigo, entre otras cosas, a la septuagenaria feligresa.

El cura escuchó quieto cómo se asentaban los escombros en alguna parte. Una vez se convenció de que no había peligro, se encomendó al Santo y salió a husmear el interior del socavón que ya no emitía sonido alguno. Don Domingo tragó saliva y se santiguó dispuesto a bendecir a Margarita cuando escuchó su aguda voz llamándole desde lo profundo:

- Haga que se vele mi cuerpo junto a la Reliquia, -gritó Margarita.



Pero aquello no fue preciso y ese día no doblaron por nadie las campanas de la iglesia de Laguna del Santo. Con un poco de candela y dos peones de albañil, que se acercaron con sendas sogas, pudieron sacar a doña Margarita de las entrañas de la tierra que se la tragó. Sólo tenía una carrera en las medias.

Se acordonó la zona y todos permanecieron en el exterior mientras aguardaban la llegada del perito que había de calibrar los daños. Hacía una mañana agradable, bastaba una chaquetilla para defenderse de la brisa de marzo.

Hoy, como aquella primavera, el pueblo de Laguna del Santo se esconde en la más olvidada provincia de la más nueva de las Castillas. La homónima laguna rodea a esta villa por el sur y tiene forma de judía con el pueblo situado en su orilla cóncava. Más allá del lago, de aguas limpias y ricas en pesca, se yerguen montañas peladas que ocultan otras maravillas más septentrionales. En la dirección de la aguja de la brújula se agachan y asoman cientos de centenas de pinos centenarios que traman un tapiz verde hasta el horizonte.

Domingo Bermejo era el párroco de estas provechosas tierras, desde hacía dos años, cuando vino a reemplazar a don Salvador, su predecesor muerto a los noventa y dos años. Don Domingo se licenció en historia antes de ingresar en el seminario y era hombre viajado y culto que, por otra parte, nunca había cantado misa antes de llegar a Laguna. Había pasado casi diez años colaborando con el Vaticano en "visitas de certificación", como ellos las llamaban. Puede decirse que empleó aquella década en elaborar un completo inventario de reliquias sagradas de la península Ibérica. Sus informes ayudaban a la Santa Sede, de paso, a autentificar algunos restos o desenmascararlos, según el caso. Precisamente por haber desempeñado esta labor, Domingo Bermejo ya conocía Laguna del Santo y, por ello también, se le encomendó esta parroquia dos años atrás.

Y es que en este pueblo se conservaba una antigua reliquia autenticada por la Iglesia Católica, pero para hablar de la Reliquia es preciso conocer al

tan mencionado santo. San Hipólito, el de la Garra, fue uno de los primeros cristianos en la Hispania romana del siglo I ó II. Fue condenado y arrojado a las fieras del circo con diez de sus hermanos de fe. Mientras sus compañeros de ejecución lloraban ante la visión de desconocidas bestias que salían de los fosos, Hipólito caminó sereno en dirección a los animales ofreciéndoles su cuerpo con la esperanza de saciarlos y ahorrar a sus hermanos tan amargo trago. Sucedió, según la leyenda, que las fieras se amontonaron sobre Hipólito disputándose sus entrañas y que, en lugar de matar a los otros diez, se rajaban y mordían unas a otras y terminaron por matarse entre ellas sobre el cuerpo del mártir. Aquel espectáculo salvaje complació a sus espectadores que pidieron la salvación de los cristianos supervivientes.

Para Domingo Bermejo aquellos hechos estaban fabulados en algún grado, pero su investigación le llevó a pensar que escondían una verdad bastante aproximada. Al parecer, los diez cristianos indultados (u otros cristianos que presenciasen la matanza) se esmeraron por rescatar los casi inexistentes restos del mártir Hipólito y, al quedar poco de él que conservar, se procuraron además la garra de una de las bestias asesinas. Esta era la Reliquia de Laguna del Santo.

La leyenda decía que la Garra se arrancó de la zarpa de un oso grande de más de tres metros y que fue la última alimaña que murió allí. Sobre esta leyenda edificó Laguna del Santo su credo y así, por ejemplo, incluyeron un oso rampante en el escudo del pueblo. La Garra inspiraba ofrendas, modestas peregrinaciones y otras actividades que, a juicio de don Domingo, resultaban más problemáticas, como la celebración que cada Viernes Santo sucedía en Laguna. Hombres y mujeres caminaban descalzos mientras se lesionaban a sí mismos con objetos punzantes que imitaban la forma de la sagrada Reliquia. Todos los años se formaban abultados grupos de penitentes que ofrecían pingües sumas de dinero por participar de aquella guisa en la procesión.

El párroco de Laguna del Santo veía en esta práctica una sangría innecesaria que, de paso, sustituía la presencia de Cristo crucificado por la del Santo, particularmente inapropiado en el viernes de pasión. Al margen de la



impresión que causaba la fiesta en el observador ajeno, también preocupaba a don Domingo la sustitución mental que realizaba el pueblo del hombre, Santo, por el objeto, Garra.

Lo veía en los ojos de los feligreses cuando pasaban ante la Reliquia, se encendía en ellos algo mucho más pretérito que el cristianismo. Sus miradas no los asemejaban a los compañeros de ejecución de san Hipólito que rescataron su cuerpo, sino que parecían más propias de aquellos espectadores del circo que se deleitaron con su muerte. La fascinación por la Garra era tal que las novias rasgaban con ella sus vestidos y, los allí bautizados, la tocaban por mediación paterna al salir de la pila, simonías estas que regularizó su predecesor, don Salvador, al margen de sus superiores eclesiásticos y para su propio provecho.

Se recomendó a Domingo Bermejo como sustituto desde las altas esferas para que, de manera discreta, ordenara aquel caos. Los propósitos de don Domingo eran dignificar aquellos ritos y aportar al mundo una verdad limpia sobre el mártir, descubierta de su manto de mitos, mentiras y billetes. Porque no existe nada más hermoso que la verdad desnuda, se decía el cura.

III

Tardó casi una hora en acercarse el perito y fue tiempo suficiente para que la plaza de la iglesia se llenase de ingenieros y arquitectos aficionados que disparataban planes de reforma para el edificio basándose en sus irrefutables recuerdos de otros tiempos. Las mujeres estaban ahora en segundo plano consolando a doña Margarita en los bancos del otro extremo de la plaza. Parecían las únicas preocupadas por un hipotético nuevo derrumbe. Don Domingo extendió las sogas del rescate para trazar una zona de seguridad donde no se podía pisar, pero se había cansado de advertir a los ancianos y ya algunos entraban y salían del interior para echar un vistazo y, cada vez más confiados, se acercaban más al foso. El guardia civil no hacía nada al respecto, o más bien sí, pues entraba y salía con los jubilados e intercambiaba pareceres.

Domingo intuía que aquel retraso del perito era del todo voluntario. El muchacho se llamaba José Joaquín y estudiaba aparejadores en la universidad a



distancia. Era la mayor autoridad en la materia en un radio de treinta kilómetros y vivía al final de la calle del mirador, el punto más alto del valle que distaba sólo cien metros. Y es que José Joaquín pertenecía al reducido grupo de apóstatas que albergaba el pueblo y que se entretenía crispando al “señor Calabaza”, como ellos decían entre sí refiriéndose a don Domingo, pues entendían que existía un notable parecido entre su cabeza calva con moflos hinchados y una calabaza como las que se secan al terminar el verano.

- Ponle unas gafas a una calabaza y no habrá modo de diferenciarlos -comentaba José Joaquín a un chico de la catequesis cuando pasaron junto a Domingo Bermejo, a quien había visto perfectamente.- Buenos días, Domingo -dijo entonces elevando más la voz.

Don Domingo se mordió el labio y acompañó a José Joaquín hasta la puerta de la iglesia.

- No entraba aquí desde aquel día del Corpus que don Salvador me encargó tirar los petardos y acabé excomulgado -José Joaquín mantenía el tratamiento de don al cura fallecido, cosa que no hacía con su actual párroco.

El perito se puso por fin serio e hizo una inspección minuciosa del lugar. Domingo esperó fuera por indicación suya como también lo hicieron los otros apóstatas que le habían seguido desde el bar y se entretenían con la novedad.

Había pasado el mediodía y el pueblo entero estaba congregado en la plaza. Don Domingo se dio cuenta cuando le golpeó una pelota con la que jugaban unos críos, giró la cabeza y vio a la dueña del bar detrás de su enorme nevera de publicidad con una sombrilla a juego. Su hijo servía a toda prisa quintos de cerveza mientras su hija se las entendía con las vueltas. Junto a la fuente unos vecinos preparaban fuego para hacer un par de sartenadas de caldereta. Laguna del Santo había decidido tomar por festivo aquel día.

Cuando salió el estudiante del templo encontró preparado un cajón en el centro de la plaza para que todos pudiesen escuchar el informe. Las mujeres andaban repartiendo fruta y café a sus vecinos y entre los ingenieros se hacían conjeturas sobre lo que se iba a explicar en unos instantes. Tan pronto subió José Joaquín al cajón enmudeció la sierra entera.



- Vamos a ver,- arrancó el perito- se ha producido un derrumbe de tres metros cuadrados en el ala este de la iglesia. No hay signos de movimientos de tierra, no hay grietas en la estructura y no parece que pueda volver a pasar. El edificio no se va a caer.

Se hizo una pausa de murmullos y pláticas sobre quién tenía y quién no tenía razón. Don Domingo respiró hondo y se santiguó, gesto este que fue muy imitado por los vecinos.

- Sugiero que limiten el uso de la iglesia hasta que se haya reparado y... bueno, eso es todo... Gracias- terminó balbuceando el perito.

La muchedumbre tardó en aplaudir y fue tímida porque todos esperaban algo más, después de todo, habían hecho comida en la plaza. Borbotearon corrillos conversacionales por todo el lugar.

José Joaquín se llevó entonces a don Domingo hacia el interior del templo discreta y rápidamente. El cura entendió aquel gesto como una inesperada muestra de discreción por parte del joven, aunque bien pudiera haber estado más relacionado con el miedo que éste experimentaba al hablar en público. Cerraron las puertas y el pueblo, tras de ellos, recuperó paulatinamente la compostura.

IV

El apóstata y el cura se acercaron hasta el socavón y se detuvieron junto al confesionario. José Joaquín se recreaba con el interior de la iglesia que hacía mucho que no pisaba.

- ¡Qué curioso edificio! -masculló el estudiante.

- ¿Perdone?

Domingo percibía entonces con más intensidad el aliento alcohólico de su perito.

- No nos andemos por las ramas,- continuó José Joaquín mientras se acomodaba en el interior del confesionario- el agujero se ha abierto porque eso era un falso suelo.



- ¿Cómo falso? -se escandalizó Domingo mientras se arrodillaba junto al estudiante por el otro lado del confesionario,

- Cuando limpien los escombros descubrirán una bajada ruinoso con escaleras de piedra vieja que desciende cuatro o cinco metros. Y -dijo José Joaquín acercándose al cura- podría ser el acceso de una catacumba.

El párroco de Laguna se sorprendió mucho al oír esta explicación y guardó silencio mientras miraba el agujero del suelo con renovados ojos. José Joaquín hurgaba con el dedo las celdillas de la celosía mientras proseguía con su discurso:

- El horror oculto ahí abajo no es obra suya, pero sí será usted quien cargue con la pesada culpa. Todos le harán responsable.

- ¿Pero qué dice usted, hombre?- se defendió don Domingo interrumpiendo su ensimismamiento.

- ¿Usted no conoce los hechos acaecidos aquí durante la posguerra?

- No- reconoció el sacerdote sin entender qué relación guardaba aquello con su accidentada feligresa o su nuevo agujero.

- Terminada ya la guerra civil,- explicó José Joaquín- algunos vecinos del bando republicano regresaron a Laguna del Santo para retomar su vida con sus familias y, aquí, fueron secuestrados y fusilados por los fachas. El que dirigía a los asesinos no era otro que el cura de aquel entonces y, cuentan nuestros abuelos, que juntaron a todos los rojos en la iglesia aquella noche y que nadie volvió a verlos, vivos o muertos.

Domingo Bermejo ya estaba acostumbrado al tono rencoroso que adoptaban unos y otros en los pueblos, donde la memoria mantenía fresca una lamentable colección de heridas abiertas. Por ello, quizá, no cuestionó tales acusaciones.

- ¿Crees acaso que esas historias tienen relación con... esto?

- ¿Cómo no ha de haberla? -se enojó José Joaquín levantándose del banco del confesionario.- ¿Cómo explica usted el falso suelo? ¿Y por qué se selló el acceso a la catacumba?



Las respuestas a aquellas cuestiones no serían fáciles de obtener, pero Domingo no tenía miedo de las acusaciones del estudiante: ¿por qué iba nadie a ocultar cadáveres en la iglesia cuando podría sumergirlos en la profunda Laguna del Santo?

Desde aquel momento la determinación del párroco fue en aumento y, creía él, que era ésta una señal poderosa y esclarecedora de los misterios del Santo.

- Veremos qué nos ha revelado hoy la mano de Dios.

V

La iglesia de Laguna del Santo era un abultado muestrario de historias esculpidas sobre la roca. El primitivo templo romano se transformó con el tiempo en mercado, mezquita, cárcel y, al final, iglesia otra vez. Las paredes se levantaban cada cual con piedras distintas, unas más antiguas que otras, y de diversos tamaños. La planta presentaba una forma irregular debido a los elementos que se iban desmoronando y a los anexos que, cada nueva etapa, se levantaron. Ninguna luz existía en sus muchos siniestros recovecos y la humedad bañaba toda la roca del interior.

Todo el conjunto confería al templo un aspecto lúgubre, a ello también contribuía el descuidado camposanto que se escondía en la parte trasera del edificio. Las lápidas más cercanas a los muros eran viejas y resquebradas y muchas de sus leyendas fueron borradas por las lluvias y los vientos. Al alejarse, los árboles eran menos frondosos y las tumbas más recientes, con bustos de mármol de la Virgen de las Angustias y fotografías de sus inquilinos. Aquella mañana había además allí cuatro docenas de sillas variopintas que los vecinos habían acercado desde sus casas para escuchar la misa dominical. Las homilías de Domingo Bermejo no contaban con más de diez o doce oyentes, por norma general, pero aquel día había más de cincuenta personas sentadas y otras treinta de pie junto al muro de la entrada al cementerio. La excepcional afluencia se debía, sin duda, a lo acaecido el día anterior, sábado.

El templo permanecía cerrado desde el accidente de doña Margarita pero, aquel sábado, muchos ojos habían advertido la llegada de unos forasteros en un auto alemán. Los desconocidos trajeados hablaron con el cura y, después de pasar una hora larga en la iglesia, salieron de ésta intercambiando papeles y apretones de manos. Era evidente para don Domingo que Laguna del Santo había acudido a la misa en busca de una explicación suya.

La población aguantó con paciencia los oficios y, llegada la bendición, rompieron el silencio con un sonoro y comunal "amén". Pero nadie quería ir en paz, todos cuchicheaban en corrillos y miraban más atentamente a Domingo de lo que lo hicieron durante el sermón.

- Pero, ¿qué negocio se trae usted con la iglesia? -gritó uno de los labradores más resueltos.

- ¿Qué habrá visto, que se lo quiere quedar y nos cierra la iglesia? -se animó otra vecina- ¿No sabe usted que la casa de Dios no se puede cerrar?

Deambulaban inquietos por los caminitos de entre las tumbas y muchos habían dejado de vigilar a Domingo para exponer sus teorías a sus allegados, pero otros de carácter menos templado vituperaban toda suerte de acusaciones al cura. Don Domingo, todavía confuso, permanecía en silencio. No había previsto ni por asomo aquel enojo, había menospreciado la desinhibida imaginación de aquellas gentes.

En efecto, el día anterior, Domingo Bermejo había recibido una visita burocrática que le concedía permiso para iniciar una excavación en el templo. Dada la trayectoria profesional de Domingo, era él precisamente el más indicado para dirigir el proyecto y así se confirmó desde el obispado que, aprovechando las buenas relaciones con el gobierno conservador, había agilizado mucho los trámites.

La muchedumbre empezó de súbito a lanzar hacia su párroco las flores de plástico que honraban a sus ancestros y les pillaban tan a mano.

- ¡Guarden la compostura! -Acertó a apelar don Domingo- Estamos en tierra santa.



Estas palabras alentaban más aún a los lanzadores de flores, un efecto del todo opuesto al que tuvieron las palabras que se escucharon seguidamente:

- ¡Estarse quietos, ya, con las florecitas de los muertos! -amenazó el alcalde mientras se incorporaba.

Los vecinos quedaron mudos ahora que Jaime Beltrán, alcalde de Laguna del Santo, se había erigido como portavoz después de recibir un florazo en la nuca.

- A ver, -increpó Jaime al sacerdote- ¿qué asunto se trae usted entre manos? Sepa que la iglesia pertenece al pueblo y que no ha de ocultarnos nada.

Muchas cabezas asintieron para respaldar el discurso del cacique.

Don Domingo siempre se sentía intimidado por el alcalde, un agricultor que era del todo insensible a las necesidades parroquiales, entre otras cosas.

- Yo no pretendía ofenderles en modo alguno -balbuceó Domingo- y, menos aún, robarles. Sólo he iniciado los trámites para limpiar y descubrir lo que, hasta ahora, permanecía oculto bajo esta tierra.

- ¡Porque ustedes lo escondieron! -el cura vio entonces el dedo acusador de José Joaquín- ¿Se propone dar cristiana sepultura a nuestros familiares asesinados?

Uno lo secundó y otro lo insultó y se inició una trifulca que se extendió a toda prisa, como una mecha que se aboca a la pólvora. Domingo necesitaba salir de aquella situación peliaguda que enfrentaba a todos contra todos y sintió que, para ello, debía hacer entender al pueblo sus pensamientos acerca de la excavación. Con entereza, levantó las manos y habló de esta manera:

- Hermanos, lo que existe ahí abajo nada tiene que ver con los horrores de la guerra y sí, en cambio, tiene mucho que ver con la mano del Todopoderoso. Existen signos que invitan a pensar que eso es una catacumba romana, parte del templo que habrían edificado aquí los primeros cristianos. Si a esto sumamos lo que la historia nos ha enseñado sobre la reliquia de la Garra del Santo, yo creo con el corazón que estamos ante la ancestral tumba de San Hipólito, el

de la Garra. Así lo creo y así siento cómo Dios mismo alimenta esta idea y me apremia a honrar esa valiosísima reliquia, mil veces más importante que aquella que ahora conservamos, y a santificar estas tierras que habrán de ser lugar de peregrinaje de millares, o millones, de almas.

Quedaron sorprendidos los, desde entonces, devotos feligreses que de súbito sintieron la excepcional espiritualidad que emanaba de aquella tierra sacra. Las mujeres recordaron las numerosas curaciones que se obtenían rezando en la iglesia de san Hipólito y, los hombres, empezaron a administrar imaginarios millones de enfermos que acudirían en peregrinación y que necesitarían carreteras, pensiones, restaurantes y tiendas de recuerdos.

Entonces el señor Beltrán habló a Domingo prescindiendo de su habitual tono hosco y descortés:

- ¡Hombre, padre!, en estas circunstancias tan especiales sería aconsejable que trabajase en ello todo el pueblo, los propios vecinos juntos como hermanos, ¿no cree usted?

Domingo entendió que aquella no era una petición negociable.

VI

Después de la confrontación del cementerio, Laguna del Santo se unió en la fe de don Domingo. Mantenían un equilibrio inestable fundamentado en aquella excavación. El cura había tomado verdadero contacto con aquellas gentes por vez primera y experimentó emociones de las que era virgen hasta entonces. Comía, trabajaba y hasta dormía junto a sus feligreses que, por cierto, se multiplicaban a diario desde aquella misa en el camposanto.

Para poder comenzar los trabajos Domingo Bermejo no tuvo otro remedio que sustituir a sus ya contratados profesionales por un enjambre de campesinos. Disponía el cura de dos hermanos gemelos que le ayudaban en los oficios como monaguillos y que, sin llegar a tontos, sí que eran faltos. Creyó Domingo que servirían mejor al Señor con sus fornidas espaldas de lo que le servirían con sus



otras aptitudes y los colocó a picar las piedras más duras. Contaba también el párroco con una veintena de hombres de entre los cuales, el que menos, había vendimiado en cincuenta temporadas y transportaban éstos arena y escombros en grandes cestos sobre sus hombros.

Una decena de mujeres guisaba el rancho de cada día para todos y se lucían a media mañana con sus sartenadas de gachas. Casi todo el mundo encontró qué hacer, conducían los camiones de escombros, especulaban con sus terrenitos, ejercían de aguadores o documentaban aquellas horas con fotografías de ínfima resolución que exhibían orgullosos en sus teléfonos móviles.

Domingo no pudo evitar la presencia de José Joaquín como observador para defender los intereses de los apóstatas y que nadie se deshiciese de ningún cuerpo republicano. Al principio pensó el sacerdote que sería del todo inoportuno, pero el estudiante se cansaba de desempeñar el papel de intelectual de izquierdas y, cuando no le veían los suyos, se divertía con todo aquello como si fuese un niño. Cuando le asomaba la vena republicana el cura le acercaba otra cerveza fría.

Gracias a la dirección de Domingo Bermejo, al que podríamos definir como experimentado arqueólogo católico, el gobierno que financiaba la aventura estimó que sólo necesitaba de un representante que supervisase aquella súbita organización rural. Y el experto que mandaron para tal fin fue la señorita Berta Boniches o, como se la nominó en el pueblo, “la veedora”.

La veedora se agazapaba debajo de su suéter pardo de lana vieja y sus gafas estrechas de pasta dura. Miraba al suelo gran parte del tiempo y casi sólo levantaba la cabecita para contemplar rarezas del entorno rural como los huertos, las leñeras, las ovejas o las estrellas. Berta seguía a Domingo desde el alba hasta el ocaso y más allá y el cura la tenía por una mala compañía, fea y servil en exceso. Junto a Berta caminaba Domingo hacia la iglesia la mañana del último día de marzo. Muchos hombres trabajaban ya a aquellas horas tempranas cargando escombros y, a juzgar por el olor a café de puchero, las mujeres llevaban rato atareadas. Entonces, poco antes de alcanzar la plaza del pueblo, uno de los dos gemelos se les acercó corriendo:



- ¡Don Domingo! ¡Venga usted, hemos encontrado un galimatías!

Los tres se apresuraron hasta la excavación, pues el cura sabía que eran pocas las explicaciones que obtendría de aquel mendrugo. Alcanzaron el agujero, que ahora tenía ocho o nueve metros cuadrados, y descendieron por la estrecha y ya despejada escalerita de piedra antigua hasta el fondo, cinco metros por debajo del suelo de la iglesia.

Don Domingo llegó abajo y, detrás suyo, con torpeza, lo hizo la veedora enredada en la correa de su polaroid. En el espacio diáfano, limpio de escombros, se alumbraba con lámparas la zona de trabajo, pero colgaron además varias teas encendidas por las paredes. Esta iluminación alimentaba aún más la imaginación peliculera de los vecinos.

Ante los ojos de Domingo Bermejo se levantaba una gran puerta de piedra, medio cubierta de arcilla todavía. De hecho era demasiado grande, José Joaquín estaba en el quicio con los brazos extendidos en cruz y no llegaba a los lados de la puerta por más de un palmo a cada costado.

- Puede que matasen a aquellos republicanos, ¡pero les dieron una sepultura propia de reyes! –clamó el aparejador, al que le faltaban dos cervezas para estar soportable.

El cura hizo un gesto mudo a Berta para que sirviese al joven su desayuno y se acercó a la puerta pétrea. La piedra superior era muy grande, de al menos tres metros, en su superficie había inscrita una leyenda de difícil lectura. Domingo se ajustó las gafas y observó aquel mal llamado galimatías. Era latín, no cabía duda, pero buena parte del texto se había erosionado y casi ninguna letra estaba completa. A pesar de ello, el erudito acertaba a leer algunas palabras. Una de ellas era dominus y debía, por tanto, hacer referencia a Dios, el Señor de los cristianos.

- ¿Se ha fijado en el pez? –preguntó José Joaquín mientras aceptaba una lata de cerveza que le brindaba Berta.

En efecto, en el centro y apartado del texto, había otra inscripción que, por ser más profunda, había sobrevivido a los siglos. Era un pez.



Domingo sonrió, sabía bien que el pez había sido un signo muy extendido en los comienzos de la cristiandad. Un símbolo que cayó en desuso y fue olvidado, pero que identificaba a aquellos que primero abrazaron el Evangelio. No podría haberse encontrado otro signo más alentador para el sacerdote, que entendía que aquel icono del pez debió usarlo en vida san Hipólito el de la Garra, y con ese signo sus hermanos de fe honraron aquel templo.

- Hay que abrirla –dijo sonriente el cura un instante antes de recibir la blanca luz cegadora de la cámara fotográfica de la veedora.

La iglesia del pueblo había sido construida sobre sí misma tantas veces que era muy difícil establecer cuándo se había tapado la entrada a aquella antesala. ¿Por qué se hizo tal cosa? Domingo intuía que se ocultó a la vista para que no pudiese ser profanado. Esto concordaba con la posibilidad de que allí se encontrasen los restos de Hipólito y el cura se confiaba más en sus especulaciones con cada hallazgo favorable.

Como el que tuvo lugar tras la apertura de la puerta de piedra, aunque no fue estrictamente abierta, sino perforada. Puesto que no sabían qué podían encontrarse detrás, decidieron no empujarla o volcarla. Era imposible sacarla hacia fuera y no fue ideada para ser abierta. El falso suelo era sólo un disfraz, éste era el auténtico sello.

Tardaron cuatro horas en abrir un hueco de apenas un metro de diámetro. Cuando se dispersó el polvo miraron con miedo al interior, demasiado oscuro. Don Domingo acercó una potente linterna a los gemelos para que encabezaran la comitiva, pero la rechazaron asustados. Fue José Joaquín el que, ya apurada su cerveza, tomó la lámpara de las manos del sacerdote y se aventuró por el agujero. El resto de los presentes le siguió en orden inverso a su grado de cobardía.

Aquel era el inicio de un túnel natural de notables dimensiones, pues nadie tuvo que agacharse mientras descendían suavemente por la profundidad de la montaña. El agua fluía por todo alrededor, producía un sonido envolvente, difícil de ubicar. Cuando avanzaron unos treinta metros se dieron cuenta de que el túnel ensanchaba y aparecían restos de paredes artificiales, muy primitivas, que redibujaban la naturaleza.



Un alarido de locura los alertó, tardaron unos segundos en descubrir que lo emitía Berta, la veedora, que buscaba la protección de Domingo mientras repetía:

-¡Un muerto!

VII

No uno, sino dos docenas de cuerpos yacían en aquella estancia contando a los que descansaban en fosas en las paredes y los que había en el centro sobre una estructura con forma de paralelepípedo. Ni siquiera José Joaquín se atrevió a afirmar que eran cuerpos republicanos y, con buen juicio, no abrió la boca hasta que llegaron unos expertos a estudiar los restos.

Una pareja de científicos llegó al caer la tarde de aquel día y, aquella misma noche, se encontraban ya razonablemente seguros de estar ante una catacumba de la época romana. Junto a los cuerpos, en la estancia y en el túnel, aparecieron vasijas, dinero romano, joyas sencillas e incluso inscripciones acerca de "Aquel de la Garra" o "El Yacido", todas ellas en latín.

Mientras los minuciosos ojos femeninos escudriñaban los escombros, la tierra y las paredes, algunos hombres sacaron piezas de importancia y las dispusieron todas en el corral de una viuda, que no le daba uso, para que los expertos pudiesen estudiarlas. Cargaron también el pesado equipo científico hasta allí y se lo cobraron sólo con abusivas preguntas acerca del precio de cada uno de los aparatos.

Pero todos estos progresos no satisfacían a Domingo, porque sabía que ninguno de esos cuerpos se correspondía con el del mártir. No obstante, Domingo Bermejo sentía una poderosa fuerza, casi deífica, llamándole desde la profundidad de la montaña. Esa sensación mantenía al cura distraído de la conversación que mantenía con José Joaquín.

-...porque yo soy el primero en reconocer mis errores y ya lo he dicho yo en el bar: que es cosa seria esto y que nada tiene que ver con la guerra.



-No, no –dijo Domingo buscando el hilo de la conversación.

-Ahora bien, padre, -continuó el apóstata- si lo que estamos buscando es el mártir... ¿Lo hemos encontrado ya o no?

Estaban fuera de la Iglesia, en el cementerio, porque Domingo no permitía al estudiante fumar en el interior del templo. El sacerdote pensaba en los muertos enterrados bajo sus pies y en los que había sacado de la catacumba, y en cuánto más valioso era el cuerpo de un solo hombre que los de tantos de sus semejantes.

-No, no es ninguno de ellos -contestó Domingo con pesadumbre.

-¡Anímese!, -dijo José Joaquín mientras se apoyaba en el hombro del cura- seguro que la reliquia está al otro lado de la boca lodada.

Lo que mencionaba el estudiante era una imagen que persistía nítida en la mente de don Domingo. El túnel descendía hasta llegar a la cripta, pero la sala subterránea parecía tener una salida por el otro extremo del túnel, y allí debía volver a ascender el camino porque se había quedado tapada con barro y trozos de roca arrastrados por el agua. Domingo Bermejo sabía que detrás de aquel montón de fango se escondían los restos del mártir Hipólito, porque no podía ser ninguna otra cosa.

De pronto, los dos quedaron inmóviles al atisbar una presencia que se dirigía hacia ellos desde lo más oscuro del camposanto. Cuando estaba a sólo dos metros, les habló con tono agudo y respiración entrecortada:

-¡Gracias a Dios le encuentro! Oiga don Domingo, que es la hora del vía crucis.

Domingo y José Joaquín recuperaron el color al reconocer a doña Margarita como la figura enjuta y silenciosa que les había emboscado en aquel escenario perfecto.

El párroco de Laguna del Santo había mantenido un delicado equilibrio entre los distintos intereses de vecinos e implicados, pero la estabilidad no podía durar. Había comenzado la Semana Santa y Domingo había ignorado gran parte de las tradicionales ceremonias, rezos y otros compromisos propios

de estas fechas en estas tierras. El cura se limitó a cantar las misas de los festivos, estuvo breve y despistado en exceso, además.

Domingo estaba entregado por entero a la búsqueda de la Reliquia, un hallazgo sin precedentes, mágico incluso. Es fácil comprender lo que puede la pasión en los hombres, pero pueden tanto o más sus costumbres, y los feligreses de Laguna no encontraban razonable que la búsqueda del Santo tuviese mayor importancia que los rituales que, en su honor, se venían celebrando de antaño.

Lo que quiera que fuese correcto no importaba tanto como la división que se produjo en Laguna la semana de la Pasión. Los más devotos vecinos continuaron sus habituales preparativos de las fiestas y, los menos espirituales, se volcaron con los trabajos de la cripta. Ni siquiera al percatarse de esto rectificó Domingo su conducta, y no acompañó a la beata a rezar el vía crucis.

VIII

La mañana del jueves comenzaron a despejar el túnel atascado de la cripta. El barro endurecido se desprendía con razonable facilidad y se sacaba fuera de la Iglesia y más allá, porque no podían acumularse escombros en las calles del pueblo, que habían de acoger esa noche el mayor de sus festejos de Pascua: la procesión de la madrugada del viernes en la que los penitentes se inflingían heridas con flagelos y objetos punzantes.

El retraso que suponía trasladar la tierra extraída más lejos de lo habitual irritaba a Domingo, que tampoco aprobaba la barbarie que se gestaba en el exterior de la iglesia. Pero el sacerdote no tuvo ocasión de luchar aquella batalla porque la pareja científica llegó temprano para ponerle al tanto de los progresos nocturnos de su investigación. Junto a la entrada de la cripta, allá donde se desplomó el suelo de la iglesia, había habilitado Domingo, por medio de la veedora, una mesa y cinco sillas donde charlaban todos ellos, además de José Joaquín. La puerta de piedra que fue perforada se había abierto por completo y entraban y salían, de continuo, hombres que portaban cubetas vacías y llenas, respectivamente.



-...tanto las monedas como las pruebas de carbono 14, -decía un científico- datan los restos en casi mil novecientos años de antigüedad. De eso podemos estar seguros. Otro problema más complejo es saber cuándo fue tapada la cripta.

-Don Domingo, me va a reconvertir usted como encuentre al Hipólito -admitió el apóstata.

El sacerdote giró la cabeza hacia la entrada de la cripta, intentando penetrarla y dar con el santo. Entonces se percató de que el trasiego de escombros había cesado. Un animado coro de improperios sonaba dentro de la caverna. Los cinco tertulianos se levantaron y, siguiendo al cura, corrieron al interior de la montaña de donde provenía el júbilo. Apartaban a su paso a los trabajadores y llegaron enseguida al túnel, que había sido abierto. Era más una chimenea por la que había que trepar que un pasadizo. A los pocos metros obligaba a agacharse y, luego, de eso, les tendieron una cuerda para que se ayudasen a subir por la piedra húmeda y afilada.

Al otro lado, los gemelos iluminaban con poca potencia aquel extraño y bello lugar que parecía sostenerse por las falsas columnas que formaron las estalactitas al alcanzar el suelo, que estaba cubierto de agua oscura y fría y, dentro, amenazaban las estalagmitas y todo aquello que no podían ver pero sí imaginar, desde culebras hasta monstruos de lago escocés.

-¿Qué es aquello? -preguntó José Joaquín- ¿pueden verlo?

Siguiendo el dedo del apóstata, el cura alcanzó a ver un cuerpo sólido y artificial en el centro de aquel lugar. Aunque mucho era lo que entorpecía su visión, Domingo entendió que aquello debía ser un altar y, sobre éste, algo descansaba. Domingo avanzó hacia el agua y se hirió enseguida al clavarse un sumergido cuchillo calizo. José Joaquín lo retuvo aferrando su brazo y diciendo:

-¡No sea loco, Domingo! Aquí tenemos poca luz y mucho agua, es peligroso avanzar así por entre las rocas.

El escozor que sintió Domingo al sangrarle el muslo, o acaso las palabras del apóstata, encendieron la chispa del pensamiento del cura y alcanzó una solución que satisfacía su impaciencia. Salió del agua y ordenó que se trajesen

todas las candelas disponibles, así como todos los cubos, barreños y brazos, que aún quedasen sin uso, para drenar aquel estanque subterráneo. El propio Domingo se arremangó la sotana y llenó una cubeta que había a su alcance, con más ahínco que juicio, para desaparecer por el agujero que acababan de destapar y derramar la totalidad del agua que portaba por el suelo de la cripta contigua.

Sucede que resulta más sencillo acometer un proyecto estúpido cuando se hace en colaboración con otros y no por uno mismo. Uno idea, otro elabora, alguno lo imita y no faltará quien justifique, cualquiera que sea, la demencia a perpetrar. Así, todos se apartaron de la razón para emular al sacerdote.

IX

Domingo meditaba poco sus órdenes, pero nadie allí las cuestionaba porque, a cada paso que daban, se sorprendían más y más con cada nuevo descubrimiento. El propio sacerdote atribuía el éxito y rapidez de la empresa a la inspiración del Espíritu Santo, quizá del propio san Hipólito.

Los obreros trasvasaban el agua por el mismo agujero de la entrada a la gruta del altar que daba a la catacumba, donde se recogía en otros barreños y se sacaba de allí todo lo aprisa que puede realizarse esta hazaña. Como es natural, derramaban la mayor parte del contenido de sus cubos y encharcaron el suelo de la cripta hasta la altura de las rodillas.

-Viendo el agua que hay por aquí, no debe quedar mucha ahí dentro...
-decía el estudiante con sorna y aliento alcohólico.

El agua allí se había filtrado muy despacio y después de la formación de la cueva, no había entradas de agua importantes y, así, quisieron las Fortunas posibilitar aquella insensatez.

Afuera de la iglesia ya había anochecido y resplandecían cientos de cirios que indicaban el trayecto a los penitentes de la procesión, que andaban ataviándose con túnicas negras y cordones blancos donde colgaban sus flagelos.



La catacumba no sólo permitía que se filtrase el agua, sino también los sonidos a través de la roca, y los tambores sonaban graves allí abajo, amplificadas en las cavidades de la cueva donde una hilera de hombres descamisados cargaba sin descanso cubos de agua. Retumbaban las pieles de tambor, marcando el ritmo de esos hombres, como si fuese el propio corazón latiente de la montaña. Se había iluminado mucho la laguna subterránea y Domingo apenas parpadeaba mientras se concentraba en el agua que allí quedaba, buscando el camino más conveniente, cuando José Joaquín le hizo mirar hacia altar:

-¡Don Domingo, ahí está otra vez!

Como si de un amanecer se tratara, el cura advirtió cómo emergía de las aguas la parte superior del altar, coronado por el signo de los antiguos cristianos, el pez. Por culpa de este hallazgo, acompañado por el ritmo histriónico de los tambores, todos se apresuraron en su cometido. Los hombres tropezaban al pasarse los cubos y caían sobre el agua que cubría el suelo de la catacumba y, por encima del chapoteo, se oían latigazos y aullidos de la procesión. Remeros en una galera que se hunde.

Aquella atmósfera era la única dueña de la situación y, por ello, nadie detuvo a Domingo cuando, habiendo visto algo sobre el altar, se lanzó a las estalagmitas con el agua por el pecho. Al perder su jefe toda cautela, Berta, José Joaquín, los científicos que acababan de llegar y los gemelos, siguieron al cura hasta el altar.

En el suelo de Laguna los rituales de la Pasión llegaban a su apogeo, bien entrada la madrugada. Las velas y la luna llena no bastaban para alumbrar las oscuras caras de los penitentes y hasta el subsuelo sólo llegaban las vibraciones sordas de los tambores. El sacerdote alcanzó el altar a nado y a saltos con gran dificultad y hubo de alzarlo uno de los gemelos porque le faltaba el aliento. Treparon todos para asomarse, ahora con una linterna, y Domingo limpió sus gafas para contemplar su tesoro.

Pero, ¿qué era aquello? Sobre el altar descansaba una piedra grande de la que entre salían los huesos de una alimaña de postura erguida, de cabeza afilada y larguísima cola. Allí no había ningún otro resto, ninguna reliquia humana. Aquella monstruosidad, que debía guardar las puertas del Averno, era el único objeto de adoración por el que existía aquel altar, y aquella catacumba, y aquel templo. El estruendo de la percusión parecía salir de las entrañas vacías de la bestia.

-Es... un dinosaurio –proclamó la veedora, escupiendo así la opinión de todo el grupo, todavía atónito.

Era exactamente eso, una criatura prehistórica que había sido anclada a un primitivo altar con cadenas que aferraban la roca que contenía el fósil, prácticamente completo salvo por la garra que faltaba en una mano, y que había dejado la inequívoca impronta en la roca de la Reliquia de Laguna, venerada en la superficie en aquel instante. Domingo quedó petrificado como aquel demonio, idolatrado depredador de otro mundo, que se había levantado de entre los muertos para engullirlo a él.

Todo su credo se desvaneció y la acidia se instaló en su ánimo desde aquel Viernes. En los años que le restaban el sacerdote no volvió a dar misa y se apartó de la Iglesia, tampoco pisó de nuevo aquellas tierras, en las que sería perpetuo tema de conversación, leyenda que sobreviviría en los corazones de Laguna mucho más que cualquier reliquia; porque los hombres están más ávidos de la palabra de los hombres que de la de Dios.

Poco importa ya si fue por apartarse de la cordura, si por ambición o por obra del demonio, pero el que desentierra el pasado debe asumir el riesgo de ser sepultado por el tiempo, la historia o lo que pueda existir allá abajo.

Aunque, visto por otro lado, Domingo Bermejo encontró la Reliquia más cerca de lo esperado: él mismo era san Hipólito, pues fue mártir por obra de la Garra y por la Gracia de Dios.

